



LA OTRA INDIA

Ramiro Calle

Una visión de primera mano de un país extraordinario



LA OTRA INDIA

Ramiro Calle

1.ª edición: septiembre, 2013

© 2013 Ramiro Calle

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B. 21.271-2013

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-554-3

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

AGRADECIMIENTOS

NOTA

INTRODUCCIÓN

1. Benarés

UN DÍA DE TANTOS EN BENARÉS

LOS DÍAS SUCESIVOS

LA MIRADA DE SIVA

LA BENARÉS OSCURA

MUCHOS AÑOS ANTES

QUIZÁS EL ÚLTIMO ABRAZO

EL GRAN RÍO DE LA INDIA

KUSINAGARA

2. Darjeeling o la colina del poder cósmico

EXORCISMOS

UN FOCO DE PODER

DE MONASTERIOS EN GHOOM

ENCUENTROS CON KALU RINPOCHE

DEL AMANECER NUBLADO AL ANOCHE-

CER LLUVIOSO

ESE CHAKRA DE PODER... Y ALGO DE

SUPERSTICIÓN

OTRA VEZ CON EL LAMA Y MÉDICO
LOBSANG TASHI

3. La doliente ciudad de Kali

MADRE TERESA

TAGORE. INOLVIDABLE TAGORE

SANGRE PARA LA DIOSA

EL TEMPLO DE RAMAKRISHNA

SADHUS EN LOS CREMATORIOS

BELUR MATH

LOS BAULS

SUNDERBANS

4. Una noche cualquiera en un tren cualquiera

5. Orcha, Deogarh y Khajuraho

UNA CIUDAD MEDIEVAL

LA SADHU Y EL FESTIVAL DE KRISHNA

ENCUENTRO CON DILIP Y EN BUSCA DE
SU MAESTRO

DEOGARH Y LAS CUEVAS PARA MEDITAR

KHAJURAHO

6. Por las sugerentes tierras del Himachal Pradesh

LA MUJER AZUL: SHIMLA

EL VALLE DE PARVATI, EL VALLE DE MALANA Y NAGGAR

LA RUTA DE MANALI A LEH

EL VALLE DE KANGRA

EL GRAN TRONCO DE LA INDIA

EL CULTO A LA SERPIENTE

7. El espectáculo de la carretera
8. En las raíces de la India: los aborígenes
ARUNACHAL PRADESH
RAJASTÁN
ORISSA
NILGIRI HILLS
LOS MUNDAS
LOS RABARI
EL BASTAR
9. Por las sendas sagradas del sur
AUROBINDO Y RAMANA MAHARSHI
MADURAI
RAMESHWARAM, LA ISLA DE RAMA
TRAS LAS HUELLAS DE LOS JAINAS
10. En el corazón de la India: Delhi
EUNUCOS Y HERMAFRODITAS
UNA INTENSA BÚSQUEDA DEL SENTIDO

AGRADECIMIENTOS

Toda mi gratitud para el magnífico periodista y escritor Jesús Fonseca, alma noble y grande, que comparte conmigo el entusiasmo por Benarés y siempre se ha empeñado generosamente en la difusión de mis obras. Estoy muy agradecido a mi buena amiga Delna Jasoomoney (de la cadena de hoteles Taj), una magnífica y eficiente profesional y una bella y encantadora persona. Hago extensivo mi reconocimiento a mi entrañable amigo Nicolás Valladares, delegado en España de la agencia de viajes india Le Passage to India, un profesional de gran honestidad y eficacia en su trabajo, siempre dispuesto a prestar toda su cooperación. Estoy en deuda de gratitud con mi buen amigo Pablo Olmeda, hombre de gran corazón y que durante muchos años me ha prestado su valiosísima ayuda en mis viajes a la India y brindado su fiel e incondicional amistad. Gracias a mis compañeros de fatiga por la India: César Vega, Publio Vázquez y Carlos Campos, que pacientemente han seguido mis rutas, a veces no poco extenuantes y dificultosas.

NOTA

Para contactar con el autor, puede dirigirse a su Centro de Yoga en el número 10 de la calle Ayala de Madrid, o a su web: www.ramirocalle.com

INTRODUCCIÓN

En esta obra abordo diversos aspectos de la India que a menudo no se exploran en los libros, o que pasan desapercibidos o de los que se sabe muy poco en Occidente. Hace años estuve tentado de escribir una obrita titulada «Comprender la India», toda vez que muchas personas, cada día en mayor número, viajan a aquel país y sacan conclusiones que no se corresponden en absoluto con la realidad y que unas veces se deben a la temeridad, otras a la negligencia y aun otras a la arrogancia de creer que un país como la India se puede entender con una visita de unos días. La India es un país enorme y con una muy dilatada historia. No es fácil ni comprenderlo ni abordarlo medianamente, pues tiene millones de facetas. En esta obra he tratado, y de ahí su título, de profundizar en aspectos muy poco conocidos, con la certeza de que interesarán al lector y enriquecerán al viajero por esas tierras milenarias, aportándole otros puntos de vista y enfoques más agudos sobre el que considero sin duda el país más interesante y complejo del planeta.

Ramiro Calle

1

BENARÉS

UN DÍA DE TANTOS EN BENARÉS

Cuando visité Benarés por decimosegunda vez me prometí seriamente no volver... al menos por muchos años. Había alcanzado el que podría denominar mi punto de saturación con respecto a la ciudad más contradictoria del subcontinente y que a la par logra provocar más intensas dualidades de atracción y aversión, así como vivencias profundas a las que no puede escapar ningún viajero perceptivo. Benarés la santa, tan solemne y a la vez tan carnalesca, tan llena de hombres santos y grandes pícaros, mercenarios del espíritu, mercaderes de una religiosidad degradada, hueca, obsesiva y compulsivamente litúrgica. ¿A quién no impresiona, sobrecoge, desbarata mentalmente, confunde, crea sentimientos contradictorios y a la vez imanta una ciudad por la que al parecer no pasa el tiempo, y que permanece casi idéntica a cuando la visité hace más de tres décadas, sólo que saturada en sus callejuelas vetustas y malolientes, serpenteantes y laberínticas, de ciber-cafetuchos y estrechas cabinas telefónicas? Benarés, la poluta, bulliciosa, congestionada y muy ruidosa Benarés, aquella desde la que hace años resultaba imposible telefonar incluso a otras ciudades de la India y en la que, con motivo de una urgencia, hube de esperar tres largas y caliginosas noches para lograr comunicación con España. Pero Benarés no ha cambiado, no muta, no se modifica, permanece anclada en sí misma dejándose, sí, incursionar por innumerables turistas y peregrinos, curiosos y viajeros que quieren ser arrebatados por la atmósfera a la vez precipitada y estresante de la ciudad más santa del subcontinente y a la vez de una lentitud exasperante, con destellos de serenidad entre tanto

bullicio, con atisbos de una calma inexorable en medio del desorden. Benarés la santa, la que mejor ha sabido «venderse» para atraer toda suerte de viajeros desde tiempos inmemoriales, la que asalta los sentidos con innumerables impactos densos y precipitados, la que a nadie deja imperturbable y a muchos enamora y a muchos repele hasta lo insuperable.

Unos la llaman Kashi, luz; otros, Varanasi, ya que en su escenario se produce la conjunción de los ríos Varuna y Asi; otros, Banaras; y otros, la santa, muy santa, definitivamente santa, ciudad de Siva. ¿Qué tiene esta ciudad para que a la vez cautive y enamore, fascine los sentidos y los turbe, y también origine una catarata interna de emociones, atracción y aversión por igual, desorientación y apertura del inconsciente? ¿De qué modo, si uno se lo permite, pueden irrumpir los más insospechados estados de ánimo, alternancias psíquicas y esas incorregibles inclinaciones de, a la par, querer quedarse y querer marcharse lo antes posible? Los mismos indios te dicen: «Benarés es la auténtica India.» Pero también muchos de ellos la eluden, le dan la espalda, la consideran una entelequia religiosa que sigue, como su caudaloso río, su curso inexorable e intemporal, pero al margen de esos cambios profundos, casi sobrecogedores, que se van produciendo en las grandes ciudades como Mumbai, Delhi, Bangalore y Madrás. De éstas excluyo la doliente, y a la vez entrañable a su modo, Calcuta, donde el Ganges llega tras primero precipitarse entre las más colosales montañas himalayas y luego regar generosamente toda la planicie, donde tantas ciudades se achicharran en los fuliginosos meses anteriores al monzón.

Dije que no volvería a penetrar por tus estrechas, infectas, alambicadas y medievales callejuelas, a la vez hedion-

das y sumamente sugerentes, casi irresistiblemente cautivadoras, y aquí estoy otra vez, abriéndome paso entre perros husmeantes, saltarinas cabras y dormitantes vacas, metiendo el pie en una fétida boñiga o resbalándome con una cáscara de coco, husmeando entre casuchas y callejuelas, extraviándome en oscuros y casi siniestros callejones sin salida, desandando mis pasos, saludando a unos y otros, desembarazándome de aquellos que me ofrecen las mejores sedas, o mujeres o hachís, o incluso un *party* privado de flamenco o una ceremonia secreta. ¡Tus irrepetibles callejuelas, Benarés la santa, Benarés la más mística y la más mercenaria, la más sacrosanta y la más espuria, que sabes codear a *wallahs* tuberculosos, a pomposos y ávidos brahmanes, a comerciantes ladinos y a una policía indolente donde las haya; que reúnes decenas de bazares donde sus dueños se desgañitan para vender la mercancía, y a decenas de perros que parecen estar muertos, en tan profundo sopor se hallan, y a vendedores callejeros de toda clase de comistrajos, artículos de lo insólito y hermosas guirnaldas aromáticas entre tanto hedor. Nunca Benarés me fue tan adusta y a la vez tan acogedora, pero ¿por qué he vuelto a dejarme engatusar por ella, atolondrado por su sentido de una mística a la que a menudo da la espalda para extraviarse en una repetitiva, degradada y más que obsesiva religiosidad, donde los ritos más densos se efectúan mecánicamente y los oficiantes de los mismos bostezan indecorosamente, impudicamente ajenos al fervor de quienes los cumplen, y tienen una mano demasiado larga para llenarla de cuantas más rupias mejor.

Y hasta aquí he llegado otra vez. Me pregunto una vez más: pero ¿qué hago yo aquí? Y no me respondo, quizá porque nada más llegar comienzo el inevitable, juguetón y

a la vez exasperante regateo con el ciclo-*rickshaw*, con el moto-*rickshaw* o con el taxi. Cien rupias no, sesenta; sesenta no, ochenta. Pues al final ni para ti ni para mí: noventa, y sé que a este hombre de sonrisa fácil, desarrapado, embriagado por la bebida o el *bhang*, que tose como un tuberculoso terminal, le estoy pagando más del triple que le daría un indio con tres o cuatro familiares que se encaramarían al *rickshaw*, sin la menor piedad por ese hombre escuálido, piernas de estaca reseca, sonora respiración que parece un fuelle desvencijado. Y si uno se deja llevar por la piedad, flaco favor hace a esos *wallashs*, que con un occidental pueden ganar más en una carrera que en diez con las gentes de su raza.

Hace un día luminosamente cegador, con una especie de neblina que uno no acierta a saber si es calima o densa polución. No cabe duda de que el *wallash* está ebrio. Si lo está de cansancio, de hastío, de alcohol o de *bhang*, no puedo decirlo. Tiene tres hijos, gesticula sin cesar, apenas mira al frente y así chocamos con otros *rickshaws*, vacas y cabras, personas y taxis. De repente se detiene y deja el *rickshaw* entre una multitud de vehículos, obstaculizando la circulación, en medio de cláxones, timbres, mugidos de vacas, graznar de cuervos y gritos. El bullicio es ensordecedor, los olores acres y lacerantes, el sol enceguece y no corre ni una misericordiosa brizna de aire. El hombre dice literalmente: «Pipí.» Y se marcha. Debe de ser un pipí largo, muy largo, pero por fin regresa. Ya otros de sus colegas, desarrapados, sudorientos y fibrosos *wallashs*, me han ofrecido sus servicios. Las piernas se enervan como si fueran a quebrarse, el esfuerzo de arranque de un *rickshaw* es el peor momento. A veces en las cuestas hay que bajarse, si uno tiene un poco de compasión, para hacerle la marcha

más fácil. Una gran avenida, enmarcada por casas que bien parecen estar en construcción o en destrucción, pero que llevan así años, siglos, en prodigioso y difícil equilibrio para no venirse abajo, evidencia el nulo sentido de mantenimiento que existe en el país de avanzadilla del *software*. ¡Tantas veces he recorrido estas congestionadas avenidas, estas calles indescriptibles, estas sinuosas callejuelas donde huele a sudor, comida cocinada, flores, sándalo, cagarros de vacas, búfalos, cabras, perros y hombres! ¡Tantas veces! En ocasiones con el agua y el fango hasta las rodillas, otras bajo un sol abrasador que crea ríos incontenibles de sudor, otras con un frío que cala hasta los huesos. Pero el espectáculo es el mismo. Uno tiene ocasión de contemplar los mil oficios del hambre: pedigüños, pordioseros disfrazados de *sadhus*, sacamuelas callejeros, masajistas, vendedores ambulantes, curanderos insólitos, limpiadores de oídos, cambistas de monedas, pseudofaquires o pseudopenitentes. Otro pipí. Otra vez a solas en el ciclo-*rickshaw*, las vacas paseando con su habitual apatía, salpicadas de moscas; a lo lejos diviso un nutrido grupo de lecheros con sus grandes tinajas de plomo y más allá un grupo de devotos desfilando en peregrinación, y de repente los gritos religiosos que anuncian el cadáver sobre parihuelas, caminando deprisa los portadores, como si quisieran evitar que el cuerpo se pudra al sol implacable del mediodía. Más que caminar, es como si corrieran, sin dejar de pronunciar los mantras, que también sirven de aviso para que el viandante se aparte.

¿Cuándo será el próximo pipí? Le he pedido al *wallash* que me aproxime lo más que pueda al distrito de Bengali Tola, cruzando Godoulia y el Chouk. Estoy penetrando y siendo penetrado por Varanasi, aplastado por sus impresiones densas e intensas, el polvo todo lo anega; muchos su-